El alcalaíno que quería ser poeta

CERVANTES VIVO

José César Álvarez

El alcalaíno que quería ser poeta
CERVANTES VIVO

Primera edición: septiembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© José César Álvarez
© Portada: Ignacio Sánchez
© Asistente informático: Lucio Puente

ISBN: 979-13-87814-96-0
ISBN digital: 979-13-87814-97-7
Depósito legal: M-18674-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Al Club de Lectura de la ONCE
de Alcalá de Henares,
habitado por degustadores
al alimón de letra y amistad,
donde este autor ha tenido
el honor de ser acogido

Tras del perfil de *Micalis Ceruantes*,
como de estudiante consta[1],
tras del joven que quería ser poeta,
tras del hombre ingenioso y valiente,
«más versado en desdichas que en versos»[2],
tras del *Príncipe de los Ingenios*[3],
que así «libró su nombre del olvido y muerte»[4]
y fue disputado como moneda tirada[5],
tras del autógrafo[6] del «famoso todo»[7]

1 AHN matrículas de 15654 a 1568 de la Universidad de Alcalá.
2 *Quijote,* I, VI
3 Tópico título de preeminencia
4 *Viaje del Parnaso*, c. 8, v. 11
5 Más de diez lugares han querido proahijarlo (cap. 24)
6 Pedimento Archivo de Protocolos de Madrid -Rodrigo de Vera 1580, fol. 1399
7 Total (o *famoso en todo*) Apelativo en Prólogo del *Persiles y Sigismunda*

ÍNDICE

PRÓLOGO AL LECTOR 13
1. LA PROFUNDA HISTORIA DEL NACIMIENTO DE MIGUEL DE CERVANTES 17
2. SEIS MUJERES PARA MIGUEL 33
3.UNA VIHUELA Y UN NIÑO JESÚS 39
4. LAS CALLES DE LA SANGRE Y DE LAS PRIMERAS LETRAS 47
5. LA SIMA DE CABRA 55
6. PRIMEROS AMORES ENTRE ALCALÁ Y SEVILLA 63
7. CERVANTES EN LA GRAN UNIVERSIDAD DE SU PATRIA CHICA 75
8. SALEN A LA LUZ SUS PRIMEROS VERSOS 85
9. SU OBSTINACIÓN POR SALVAR LA MANO DERECHA 91
10. EN «LA REINA DE LAS CIUDADES Y SEÑORA DEL MUNDO» 99
11. AL SERVICIO DEL REY DE ESPAÑA 107
12. LA MÁS ALTA OCASIÓN QUE VIERON LOS SIGLOS 117
13. CUANDO TÚNEZ NO LE QUISO SONREÍR 129
14. LOS DESENGAÑOS DE SILENA, DE LA MILICIA Y DE LA PATRIA 141
15. SOLO SOY UN HIDALGO POBRE 149
16. VOLVERÁS A POR MÍ LA ANTENOCHE DE MI DÍA 161
17. EL MISTERIO DEL *LIBRO DE HAEDO* *175*
18. EL CAUTIVO DE ARGEL QUE ES «VEZINO» DE ALCALÁ 181
19. QUINIENTOS ESCUDOS DE ORO EN ORO DE ESPAÑA 189
20. «GÓZASE EL MUNDO EN TU *FELICE* VUELTA» 201
21. CUANDO EL REY NO LE PUDO RECIBIR 213
22. LOS AMIGOS DE ALCALÁ 221

23. EL TEATRO DE MADRID 231
24. EL DÍA QUE CERVANTES ENTRÓ EN UN LUGAR DE LA MANCHA 243
25. ESQUIVIAS Y ALCALÁ 251
26. ENTRE ESQUIROLES Y MAJUELOS 257
27. DEL IDEALISMO DE LAS LETRAS AL REALISMO DE LOS NEGOCIOS 269
28. A SEVILLA POR EL CAMINO DE LA PLATA 281
29. EL ALCALAÍNO QUE QUERÍA HACER BIZCOCHO 293
30. LA HONRA, ENTRE LOS BIENES DEL CIELO 303
31. UN GOLPE DE FORTUNA 319
32. CUANDO CERVANTES SE ROMPE POR LOS PUEBLOS DE ANDALUCÍA 329
33. CUANDO QUISO Y NO PUDO VOLVER A LAS LETRAS 347
34. EN UN LUGAR DONDE TODA INCOMODIDAD TIENE SU ASIENTO 361
35. EL INGENIOSO HIDALGO 381
36. LAS *NOVELAS EJEMPLARES* *395*
37. EL INGENIOSO CABALLERO 407
38. PUESTO YA EL PIE EN EL ESTRIBO 415
CAPÍTULO PÓSTUMO 425
«SAAVEDRA», EL APELLIDO DURMIENTE 453
POEMA FINAL *CERVANTES PISA ALCALÁ* *461*
DOCUMENTOS CERVANTINOS 463
BIBLIOGRAFÍA 485

PRÓLOGO AL LECTOR

Estimado amigo:

Te diré hoy por escrito lo mismo que a otro amigo le dije ayer de palabra. Al interesarse mi amigo por cuáles fueran mis ocupaciones entonces, y al referirle yo que andaba empeñado en esta biografía, insistió mi cultivado amigo en preguntarme con fundada autoridad si quedaba algo por decir sobre Miguel de Cervantes. A lo cual yo le salí diciendo lo que le dije y te digo.

De entrada le dije que ya la sola manera de contar la cosa hacía la cosa. Pero había habido algunos importantes hallazgos de investigación en la vida de Cervantes, que exigían su revisión, su pronta actualización. Uno de ellos era que el archivero Alfonso Dávila Oliveda había descubierto en el Archivo Histórico Nacional a Miguel de Cervantes con letra menuda, la cual, en contracción de la lengua latina, decía: «*Micalis Ceruantes*», que así es como consta en la inscripción del primero de los dos cursos en que se matriculó en la universidad complutense de su patria chica, lo que todavía se le negaba. Otra razón era que, a finales del cervantino año de 2016, el archivero Jesús Villalmanzo había hallado en el Archivo del Reino de Valencia diez documentos cervantinos pendientes también de su lógica repercusión. A aquellas razones iniciales de peso, la alcalaína y la valenciana, se fueron sumando sobre la marcha nuevos hallazgos puntuales que iluminaban el relato, tales como la pertinaz lluvia sevillana de Cabello Núñez o la toledana de Escudero Buendía.

Y, quizás por no cansar o no cansarme, omití decir entonces que necesitaba subrayar una mayor vinculación de Miguel con su patria

chica, tantas veces olvidada y hasta negada, desvelando aquellas señales que hacen de Alcalá de Henares su referencia doméstica, e indicando allí el importante lugar de la casa-madre de los Cervantes. Necesitaba destacar la complicidad de Miguel con sus hermanas. Necesitaba también demostrar la naturaleza del apellido *Saavedra,* motivo de tantas tontorronadas. Necesitaba señalar las correcciones habidas en el Prólogo de las *Novelas Ejemplares*. Necesitaba difundir que es el propio Cervantes el que irrumpe nítido desde Argel en el libro de Haedo. Y necesitaba recomponer el capítulo póstumo de la historia de la recuperación de su nombre y su memoria, partiendo de la amnesia más absoluta, es decir, desde la nada.

Cabía también la posibilidad de alcanzar por fin un Cervantes asequible, lejos de embutirlo en un libro-ballena de esos que escriben eruditos para eruditos. Cabía la posibilidad —era para mí lo más importante— de no servir a Cervantes en el plato frío del dato biográfico, sino que, respetándolo, vibrar con el que nos hizo vibrar, viajar y escapar con él, recitar con él, sentir su frío y su calor, reír y llorar a su lado.

El cervantismo (Pérez Pastor, Rodríguez Marín, Alonso Cortés, León Máinez, Astrana…), que partió de la nada, ha resultado ser un torrente documental, en cuya paciente y destilada orilla, uno puede conseguir el perfil más ajustado de nuestro personaje. Y hemos tenido que aprender a escuchar desde esa orilla por entre los fríos datos para recobrar el aliento de nuestro escritor-símbolo.

Me gustaría también, lector amigo, si me dejas, contarte aquí una anécdota a la que yo asistí incidentalmente a mis 14 años. Era el 6 de octubre del año 1956, Día de la Provincia, y se inauguraba la casa natal de Cervantes. La Sociedad Cervantina de Madrid quiso boicotear el acto en protesta por no haber sido respetados los rasgos originales del inmueble de la calle Imagen 2 de Alcalá de Henares. Uno de los groseros detalles de aquella rehabilitación era que habían sido sustituidas las viejas zapatas de madera del porche por las columnas del patio de Fonseca del Palacio Arzobispal, allí apiladas por causa del incendio del 39.

Pues bien, supongo que para hacer bulto nos llevaron al acto de inauguración a los seminaristas como entonces yo era y no tengo empacho en decirlo. Allí, en el humilde patio porticado de incrustaciones palaciegas, ante las autoridades asistentes del ayuntamiento y de la Diputación Provincial, organismo que había ejecutado la reforma de la casa, a mi anciano profesor de literatura don Rafael Sanz de Diego le dio un aire y voceaba movilizándose por el patio. Yo no le entendía bien lo que decía: «Esta no es la casa de Astrana», repetía deambulando de un lado a otro, sin que yo comprendiera el mensaje. Me preguntaba aquel día, apoyado en la balaustrada de la galería superior, que quién era ese nombre voceado. ¿Acaso no estábamos en la casa de Cervantes? ¿A cuento de qué venía la casa de «Astrán» o «Astracán»? Don Rafael, canónigo penitenciario de la Iglesia Magistral de Alcalá de Henares, era un poeta celebrado y repleto de recuerdos de eventos literarios. Un día nos leyó la poesía con la que intervino en la velada a la que asistió en Alcalá doña Emilia Pardo Bazán. Era autor de varias obras teatrales que firmaba como Cruz de la Cruz y Ángel Caído, y nunca nos había hablado de ese extraño personaje que ahora voceaba en actitud rebelde, como santo y seña de su causa.

Y, sin embargo, lector amigo, quién me lo iba a decir a mí cuando miraba incrédulo desde aquella balconada en la que, al día siguiente, me vi retratado de fondo en las páginas de huecograbado del *Diario ABC*. Porque andando el tiempo, a don Luis Astrana Marín, mentor de la casa natal de Cervantes, le hube de leer con fruición, navegando por sus copiosos siete tomos, y, en mi época de munícipe, le propuse para darle la calle que tiene, y después, en 1997, representando a la Institución de Estudios Complutenses en la Comisión organizadora del 450º Aniversario, le propuse para darle la escultura que tiene. Y no creyéndolo suficiente, aprovecho esta oportunidad una vez más, curioso lector, para decirte que todos los que de Cervantes hablamos hemos de beber de su caudal generoso, donde se juntan su pluma lúcida y su investigación gozo-

sa. Y, sin embargo, ni Shakespeare ni Goethe tienen un panegirista de su talla. Lo cual yo digo en esta ocasión de mi parte.

Por todo ello, aquí te dejo, cervantino amigo, una biografía insólita de Cervantes con las innovaciones anunciadas y no anunciadas. Es un plato típico y tópico en proporción consumible, aderezado para su degustación, al que se le introducen ingredientes naturales y se le retiran viejos tasajos. Buen provecho.

El Autor

1.

LA PROFUNDA HISTORIA DEL NACIMIENTO DE MIGUEL DE CERVANTES

Miguel de Cervantes es un río fabuloso cuyo manantial brota en Alcalá de Henares para fortuna de ambos. Para fortuna de Alcalá que alcanzó el honor de ser la cuna del «príncipe de los ingenios», y para fortuna de Cervantes que en Alcalá encontró la Universidad del Renacimiento, sus imprentas y libreros, sus correctores oficiales de erratas, sus amigos poetas y hasta sus mecenas. Y es que Cervantes no se hace entendible si no es en su referencia inequívoca a Alcalá, puesta en duda por un cervantismo bastardo.

En esta renovada biografía, el complutense Miguel de Cervantes va a sumarse por fin al reconocimiento de la ilustre lista de los alumnos que honraron las aulas de la ciudad universitaria de Alcalá, modelo universal según el reconocimiento de la UNESCO, creada por el cardenal Cisneros con bula papal de Alejandro VI en 1499. De entre la larga concurrencia de colegiales y maestros espigamos ahora lo más granado de sus aulas: Íñigo de Loyola, Juan de Ávila, Juan de la Cruz, Tomás de Villanueva, Francisco de Borja, José de Calasanz, santos ellos; Mateo Alemán, Juan Rufo, Tirso de Molina, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Quevedo, Antonio de Solís, escritores célebres; Cipriano de la Huerga, Antonio de

Nebrija, Juan de Valdés, Fray Luis de León, Jerónimo de Zurita, Ambrosio de Morales, Juan de Mariana, Arias Montano, el padre Flórez, humanistas; Juan de Austria, Alejandro Farnesio, Antonio Pérez, Mateo Vázquez, el cardenal Mazarino, Jovellanos, hombres de Estado; Argumosa, Francisco Díaz, el *Divino* Vallés, Nicolás Moncardes, Bustamante de la Cámara, Pedro Ciruelo, científicos; Caramuel, Francisco Suárez, Ginés de Sepúlveda, Domingo Soto, filósofos y teólogos. Y como nadie es profeta en su tierra, Miguel se suma ahora, tan tarde, por probada investigación y comprobada desidia, a la lista sonora de la Universidad de su patria chica, lo que resulta, por otra parte, de lo más lógico y natural.

El nacimiento de Cervantes no pudo ser un cumplimiento puntual y episódico. Uno cree que dicho evento va cuajándose paulatinamente sobre los hervores de la historia. Al menos así lo queremos ver y así lo planteamos. El Campo Laudable era un arrabal de la ciudad romana de Compluto, donde fueron enterrados Justo y Pastor, los santos mártires de la persecución de Daciano y Diocleciano allá en los albores del siglo IV, en torno a cuya ermita sepulcral, nace el Burgo de Santiuste, y más al levante, colgada del cerro del Ecce Homo o de la Vera Cruz, apareció el tercer núcleo urbano, el de la Alcalá mora, Al-Kala, la que entre los tomas y dacas, entre moros y cristianos, rodaría al valle para ser Alcalá de Santiuste. Un nombre y un pueblo transido sucesivamente en sus dos costados por romanos y musulmanes, respectivamente.

En 1115 el rey Alfonso VI ya había reconquistado estas tierras hasta llegar a la misma Toledo. Pero en 1118, el primer arzobispo de la Toledo reconquistada, don Bernardo, benedictino de origen francés, a falta del rey, hubo de volverse a Alcalá al frente de las tropas reales para reducir el enclave árabe de la Alcalá la Vieja, la alcazaba colgada en el cerro del Ecce Homo. Reinaba doña Urraca, hija de Alfonso VI y madre del VII, y la monarquía católica recompensó a la mitra toledana con el señorío de Alcalá con sus veinticinco villas, donación que habrá de perdurar durante ocho siglos. Del triunfo empinado de don Bernardo rodaron fecundos

beneficios sobre la entonces villa complutense. Porque, en más o en menos, los arzobispos toledanos se hicieron complutenses. Desde Ximénez de Rada a Sandoval, pasando por García Gudiel, Tenorio, Contreras, Fonseca, Tavera, Carrillo, Cisneros… los celos por la capital del señorío toledano se suceden y se expresan en sus calles y templos, en su desaparecida muralla y en su espléndido palacio arzobispal, la joya monumental elaborada por manos sucesivas y seculares, que en el s. XIX es cedida al Estado, quien la acondiciona para ser sede del Archivo General Central. El mismo Archivo que en 1939 sería víctima de un pavoroso incendio de 10 días, donde ardería media historia de España y el palacio renacentista de los arzobispos de Toledo, el primer monumento alcalaíno de cuya pena no parece haberse todavía recuperado la ciudad del Henares.

Pero nuestro propósito era el de quedarnos suspendidos sobre el eslabón arzobispal del cardenal Cisneros, quien en 1508 ha abierto las puertas de su Universidad y quiere que la niña de sus ojos transite segura por la epidermis sosegada de Alcalá, donde mozalbetes alcalaínos han entrado ya en aguerridos enfrentamientos con los provocadores estudiantes. El cardenal Cisneros no solo pretende una universidad modélica, quiere una completa ciudad universitaria, la que pasado el tiempo le reconocerá la UNESCO. Cisneros necesita una base urbana colaboradora, donde puedan desplegarse los Colegios Menores, que llegarían a cuarenta, todos ellos en torno al Colegio Mayor de San Ildefonso. Necesita esa clase artesanal y menestral de mutuos beneficios, en la que servidores y servidos se encuentren a gusto. Necesita de impresores y libreros, de calceros y calzoneras, de tejedoras y manteros, de médicos y barberos, de horneros y mesoneros, de carreros y palafreneros… Y el arzobispo de Toledo y señor de Alcalá le dio a la villa su Fuero Nuevo, y para el cumplimiento de sus ordenanzas nombró como corregidor a Pedro de Cervantes, con lo cual llegamos al momento buscado y deseado: el del arribo de los Cervantes al suelo de Alcalá. Porque Pedro de Cervantes, a su vez, buscó como teniente de

corregidor a Juan de Cervantes, precisamente el que había de ser el abuelo de nuestro Miguel de Cervantes.

¿Buscó Pedro a Juan por su aparente parentesco o por el conocimiento que tenía de su preparación jurídica y condiciones personales? ¿O por ambas cuestiones? El joven licenciado cordobés venía desempeñando en Córdoba con energía distintas funciones como letrado de rentas municipales y como abogado del Real Fisco de la Inquisición. Era Juan de Cervantes un hombre de carácter y determinación, cuyos arranques habrán de granjearle más tarde algunos serios contratiempos. Había obtenido su licenciatura de Derecho en Salamanca, en donde le matriculó su padre Rodrigo, un desahogado comerciante con ínfulas de hidalgo. Su hijo y abuelo de Cervantes obtenía ahora un cargo de relevancia precisamente en el año de marras de 1508 y era el primero de los cometidos judiciales fuera de su Córdoba natal. Empezaba así su borrascoso y *picapleitero* periplo por la geografía española.

Así las cosas, a principios de 1509, el licenciado Juan de Cervantes habría de salir de viaje desde Córdoba a Alcalá en compañía de su esposa Leonor Fernández de Torreblanca y de su hijo Juan, de apenas cuatro años. Y en Alcalá nos le imaginamos ejerciendo las funciones delegadas del corregidor, como por ejemplo, la ronda nocturna en compañía de alguaciles y corchetes por las puertas de Burgos, de Santiago, de Guadalaxara, de Aguadores, de San Julián, del Vado o del Pósito, para confirmar la seguridad de la noche. Le podemos ver recibiendo la denuncia de un confitero de la calle Mayor por el robo de un cofín de pasas o de empiñonados o de mantecadas. O le podemos ver en la plaza del Mercado dando órdenes para separar de la drea a estudiantes y a arrojados lugareños. Duró poco tiempo en Alcalá, tan solo año y medio, pero en esa estancia ocurrió algo digno de reseñar: en 1509 nació en Alcalá Rodrigo, el padre que lo será de nuestro Miguel de Cervantes, a quien, sin estrujarse el magín, el licenciado le arrima el nombre de su padre y de su hermano. Será esa una pauta familiar.

Ya estamos más cerca del nacimiento que buscamos, ahora que Juan de Cervantes y su engrosada familia se vuelven a Córdoba, después a Toledo y Cuenca, donde sería también teniente de corregidor y donde recibiría una sonada denuncia por cohecho. Estuvo en Ocaña y después en Plasencia como corregidor. Fue alcalde principal de Cabra, al servicio del duque de Sesa y conde de Cabra, para terminar siendo gobernador de Osuna al servicio del duque de Ureña. Y aunque su paso por Cuenca le granjearía veintiún litigios, ninguno tan sonado como el habido en Guadalajara, lugar que hemos querido saltarnos de su borrascoso catálogo de destinos. Muchos de los silencios y composturas de los Cervantes penderán de este turbio episodio, de este pleito que el temerario abuelo entabló contra una de las familias más poderosas de España, los Mendoza, herencia escabrosa.

En 1527 había sido nombrado Juan de Cervantes consejero de don Diego Hurtado de Mendoza y Luna, tercer duque del Infantado y cuarto marqués de Santillana, apodado *el Grande*, quien militó en la guerra de Granada y tuvo en palacio al rey Francisco I de Francia. Del duque dependía la justicia y administración de Guadalajara y su tierra, juntamente con el nombramiento de sus alcaldes y alguaciles, funciones que suscitaban siempre el recelo de la realeza, con quien mantenía una estrecha relación.

Juan de Cervantes se puso ahora en viaje hacia Guadalajara desde Córdoba con su acrecentada familia: su esposa Leonor y sus hijos Juan, Rodrigo, María y Andrés. El licenciado don Juan poseía en Córdoba un benefactor principal, de quien emanaban todos o casi todos los cargos que le sobrevenían. Se trataba del patrón y administrador perpetuo del convento de Jesús Crucificado, de donde fueron monjas profesas una hermana y una hijastra del licenciado. El preboste conventual está a su vez relacionado con Pedro Fernández de Córdoba, su cuñado, de la casa nobiliaria de Priego, a cuyas casas de Guadalajara ha ido a vivir el licenciado Juan con su familia, allí muy cerca del espléndido palacio de los Mendoza, la sede de su nuevo cargo al servicio de don Diego, el duque del Infantado.

Don Diego, amante de las artes y las letras, hombre emocional y sensible, era biznieto del marqués de Santillana, el celebrado autor de las *Serranillas*, como aquella tan famosa que así empezaba:

Moça tan fermosa
non vi en la Frontera
com'una vaquera
de la Finojosa.

De esa guisa, don Diego, en su loca juventud, tuvo relación con la agraciada gitana María Vergara, a quien, para curarle su natural nomadismo, le puso posada. Fruto de sus amores había venido al mundo su hijo mayor, anterior a sus tres matrimonios. Era aquel vástago alto y seco, de porte cañí y de nombre Martín de Mendoza, sobre el que el duque derramó el jarro de sus predilecciones. Procuró para él la carrera eclesial y hasta le propuso para arzobispo de Toledo, enviando un emisario a Flandes ante Carlos V. Pero antes de sus vuelos largos, don Martín pisó la calle vecina a palacio, la que mediaba entre su palacio y la casa de don Juan, en cuya reja pelaba la pava el gitano eclesial con la excusa de escuchar la vihuela que tañía María de Cervantes, por quien acabó ardiendo en amores. Era María la atractiva doncella que será tía de nuestro Miguel de Cervantes, y que será amante consentida de don Martín. Porque el padre leguleyo anduvo detrás cargado de pluma cumplimentada para así darle forma a tan noble concupiscencia. De tal manera que don Martín en 1529 firma una obligación detallada sobre la dote que otorga a doña María.

Al licenciado don Juan le pudo durar todavía más el cargo, si no hubiera sido porque al suceder a don Diego su hijo Íñigo López de Mendoza, cuarto duque del Infantado y hermanastro de don Martín, en el justo momento que trataba de enmendar los derroches sentimentales de su padre, el licenciado don Juan, de su parte, le exigió a don Íñigo el cumplimiento de la obligación vencida que amparaba a su abandonada hija doña María. Se iniciaba así el famoso pleito de los seiscientos mil maravedís, que no tuvo acogida en la justicia de Guadalajara, dependiente del duque, su deudor, demostrando en uno de los interrogatorios de testigos (13-1-1532)

haber sido «pagada con creces» la suma pretendida. Don Íñigo creyó que no había mejor defensa que un buen ataque y presentó demanda a don Juan por supuestas irregularidades en la petición de favores y nombramientos de alcaldes ordinarios, de cuya alzada de varas había sido lugarteniente. Don Juan buscó justicia en Valladolid, donde también se la buscaron a él, y a pesar de haber sido allí encarcelado, nada le hizo doblegarse, porque, inasequible al desaliento, siguió exigiendo la obligación pactada, litigio que al fin ganó para su hija según sentencia de 27-1-1533[8].

En 1532, un año antes de la tormentosa sentencia, los Cervantes habían ya abandonado la sede ducal que les había acogido durante cinco años, y decidieron volver a Alcalá, aquella cercana y lejana villa de los albores viajeros, sede de amigos entrañables, aquella pujante ciudad universitaria llena de posibilidades, donde Rodrigo ya cursaba Medicina y Andrés había de estudiar leyes.

Se recuerda a los Cervantes alcalaínos de aquella época que vivían en la abundancia y ocupaban un rango social privilegiado en la villa y entorno del señorío de Alcalá. El licenciado Juan vivió en principio con los suyos en las casas que fueron de la universidad y que tenían acceso por el conocido «corral de los Cervantes», situado tras las casas 1, 3 y 5 de la calle Imagen. Estas casas pasaron a ser propiedad de Mary Díaz, cuya hija, María de Córdoba, casó con el hijo mayor del licenciado, también de nombre Juan, quien moriría por sorpresa. El licenciado pidió a su pudiente consuegra, llegado el momento, la «legítima paterna» sobre la casa de la « calzonera», pasando prontamente a ser disfrute de su nieto y primo de Miguel, Juan de Córdova, como así consta y fue conocido (Apéndice, DC. III, partida bautismal).

El ritmo de vida de los Cervantes en aquellos años de arribada en Alcalá fue magnífico. Aunque ello suponga adelantar aconte-

8 Alonso Cortés, Narciso, *Casos Cervantinos*, reproducido por K. Sliwa., Documentos Cervantinos 22005. La obligación de los 600.000 maravedís, objeto de la demanda, está concedida por don Martín de Mendoza, Arcediano de Talavera y de Guadalajara, en favor de doña María de Cervantes, para ser cumplida en la navidad del año 1530.

cimientos, diremos que en las declaraciones de los testigos que obran en favor de Rodrigo de Cervantes en el cercano pleito de Valladolid, dan muestra del tren de vida de la familia durante estos años (F. Rodríguez Marín, *Nuevos documentos cervantinos*). Así, Cristóbal de Vega, catedrático de prima de Medicina en la Universidad de Alcalá y médico de cámara del príncipe Carlos, dijo del licenciado Cervantes y de sus hijos que, mientras vivieron en Alcalá:

> ...andaban muy bien ataviados e de ricos atavíos e con muy buenos caballos e pajes e mozos y esclavos, e se trataban con otros caballeros e hijosdalgos, teniendo gran fausto de casa...

Otro testigo en aquel juicio, Diego de Frías, vecino de Alcalá, declara haber visto jugar cañas en esa villa a Rodrigo de Cervantes y:

> ...a otro su hermano, que es muerto, y jugar sortija con caballos buenos e poderosos...

Hubo de ser en este tiempo de jovial efervescencia, entre los años 1533 a 1538, donde Rodrigo de Cervantes conociera a Leonor de Cortinas, quienes habían de ser los padres de nuestro Miguel. Leonor era hija de familia hacendada que tenía casa en la sede del señorío de Alcalá, proveniente de Arganda, una de las aldeas integrantes del alfoz complutense. La significada argandeña era hija única de doña Elvira y pudo acceder con toda naturalidad a la élite social de Alcalá. Se dejó seducir por el entorno y por aquel hombre, hidalgo de porte y cuño, ante quien, generosa y decidida, no puso objeción a su sordera[9]. Decisión que no debió agradar a doña Elvira y familia, al caer su hija dentro de la órbita familiar de aquel escandaloso y aireado pleito de Guadalajara, cuyo rechazo mantuvieron los Cortinas de Arganda y de Barajas con sus ausencias clamorosas en bodas y bautizos.

9 Leonor de Cortinas sabía leer y escribir, lo que no era frecuente en aquella época. Firma autógrafa en Apéndice DC II.

La prosperidad de los Cervantes sufrió un revés con la inesperada muerte de Juan, el vínculo poderoso de la familia, habiendo de ser la tía María la que alivió pasajeramente el infortunio de la nutrida casa del hermano «zurujano». Y como quien tuvo retuvo, ahí está para su fascinante recuerdo, una muestra del joyero que recibió María de su amante Martín de Mendoza, el arcediano cañí mencionado, de cuya procedencia guardaba, entre otros objetos, un rosario o collar de ciento una perlas orientales y «la manga de raso con sesenta e un ojales de oro, en cada uno tres perlas», las joyas que por dos meses contractuales deja en prenda al prestamista Diego de la Haya por cien mil maravedís el 13-5-1533 (Pérez Pastor, *Documentos cervantinos,* I, Sliwa, *DC* pág. 170[10].

Al parecer, la primera niñez de nuestro Miguel, sin que de ello tuviera conciencia, fue alegrada por su tía María, propietaria de «unas casas principales» en Alcalá de Henares. Tan próspera circunstancia resitúa y reúne a los Cervantes. El investigador cervantino Astrana Marín, en busca de la casa natal de Cervantes, puso sus ojos y certezas sobre la finca de la calle Imagen 2, la llamada hoy Casa natal de Cervantes, pertinaz hormiguero y universal cita. Dicho inmueble no hacía entonces esquina a la calle Mayor como ahora, sino que hacía medianería con la preciosa casa soportalada que ocupaba el actual jardín y la acera alzada de la calle Mayor, construcción molesta para el giro de los carros, demolida hace tiempo.

La identificación documental de la Casa natal de Cervantes por parte del cervantista está basada en un documento de 1610, hallado en el Archivo del Hospital de Antezana, institución secular y colindante a la casa de marras. Se trata de las declaraciones allí vertidas por los testigos Juan Méndez de Contreras, familiar del Santo Oficio; Rodrigo del Castillo, don Alonso Ramírez de Arellano, caballero de la orden de Alcántara; el conocido genealogista don

10 Luis Astrana Marín, Vida Ejemplar… Tomo I, cap. VI y VIII. Firmas al pie en documento conjunto del licenciado Juan y de María de Cervantes en Apéndice, DC. I.

Alonso López de Haro, el bachiller Francisco López de Camarma, comisario de la Inquisición, y otros. Así constan en una probanza testifical de nobleza, extendida en Alcalá y Guadalajara en 1610, con el fin de obtener dos plazas de patronos en la Hermandad de Nuestra Señora de Antezana a favor de don Lorenzo Hurtado de Santarén y doña Isabel de Mendoza, hija de Martina y nieta de María, la tía de Cervantes. Según refiere Astrana, dichos testigos afirman que el licenciado Juan y su esposa, su hija María, supuesta propietaria del inmueble, y Martina, junto a su hijo Rodrigo y familia «vivían a espaldas del Hospital de Nuestra Señora de Antezana», deduciendo, a lo que parece, referirse a la casa contigua de la calle de la Imagen 2. Dicho documento es completado con el aludido poder notarial que desde Córdoba es enviado por el licenciado Juan, abuelo de Cervantes, en 2 de enero de 1551 a favor de su soltera hija María, para «aprobar» la venta de propiedades, la que hubo de afectar a Rodrigo y familia, que si juntos fueron a vivir a Valladolid es porque juntos vivían en Alcalá.

De esta manera, Astrana contradecía la que era tradición alcalaína que ubicaba la casa natal «a espaldas del Hospital», pero en la que era huerta del viejo hospital donde estaba la casa del «zurujano». La «nueva» casa de Cervantes de 1956 levantaba por tanto la placa natalicia apostada en las tapias de la citada huerta, después de los Capuchinos, en la que sigue llamándose calle de Cervantes. Hay también quien vincula la casa natal al cercano «corral de los Cervantes».

Tres mujeres, pues, andaban en aquella casa en torno a Rodrigo, «zurujano» y sordo. Tres mujeres apoyando su deficiencia: madre, esposa y hermana. Por el contrario, el licenciado salió de naja de Alcalá en 1538 en compañía de su hijo Andrés en dirección a Córdoba, abandonando a su «voluntariosa y rostrituerta» esposa y a su desventurada familia. En 1541 el duque de Sesa le nombró alcalde mayor de sus estados de la villa de Baena, del condado de Cabra y del vizcondado de Iznájar. Y en 1551 se le nombró letrado de la ciudad de Córdoba.

Rodrigo y Leonor debieron contraer matrimonio a finales de febrero de 1543, a cuya ceremonia no acudió el licenciado Juan, pero asistió su hermano Andrés. Aquella ausencia le debió doler tanto a su hijo que rompió la tradición familiar de dar el nombre de Juan a su primer vástago, y su nombre sería Andrés, el de su querido hermano, quien también será alcalde ordinario de Cabra. Pero como su primer hijo muriera pronto, insistió en poner Andrea a su hija mayor, a la que sucedió Luisa, la que sería Luisa de Belén en el convento carmelita de Alcalá, y su nombre se debiera a que nació el día de san Luis, rey de Francia. Igual práctica se repite después con Miguel.

Hubo de nacer Miguel el 29 de septiembre de 1547, día de san Miguel, y solo tan cabal circunstancia pudo liberarle del Rodrigo que ya tocaba y que le tocaría al siguiente de los hermanos. Fue bautizado el 9 de octubre, fecha que sí consta en su partida de bautismo de la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, limpia e impoluta si así la quisieres, repicada desde hace años en todos los libros del ancho cervantismo. Estas prácticas de archivo fueron ordenadas precisamente por el cardenal Cisneros en uno de sus Decretales de Toledo.

Aquella mañana de aquel nueve de octubre de 1547, marchaba Rodrigo al lado de su amigo Juan Pardo, abriendo camino por los soportales de la calle Mayor de Alcalá hacia la iglesia parroquial. Juan es un tesoro, es todo lo que pudo reunir el «zurujano» para este evento, el más triste de sus bautizos registrados. Van los dos a la par y en silencio, porque leer labios en movimiento no resulta. Llevaba Rodrigo tendido en su brazo izquierdo a su bebé, generoso de blancores, reclinándolo en su regazo, mientras que con la mano derecha controlaba la capa que lo cubría, y en tanto llevaba prendido en sus labios el nombre de Miguel que iba a imponerle. Mostraba Rodrigo ese punto de enarbolamiento que llevan los sordos al ir encastillados en su mundo, pareciendo arrogancia sin serlo. Han llegado a la plaza del Mercado, donde el canal de la inmundicia parte la plaza en dos. Van a cruzar el canal por el

puente de arriba, cerca de la iglesia. Pasado el tiempo, esta plaza del Mercado llevará el nombre de Miguel de Cervantes, que es ese bebé que cubre bajo su capa, y su nombre se extenderá por tantas y tantas calles y plazas del mundo. Puede parecer arrogancia cierta la del sordo que ahora se esponja y estira altivo su cuello todavía más, pero no puede serlo porque nada sabe, nada puede saber de lo que está por venir. Su enarbolamiento podría deberse a un golpe profundo de su hidalguía ahora que encara la puerta principal de la iglesia parroquial.

En el atrio esperaron los dos, los tres, con el espacio achicado por los pedigüeños. Allí acudió el bachiller Serrano tocado de alba y estola, para introducir al neófito en el templo, en tanto el sacristán Baltasar, revestido de sobrepelliz, iba aprovisionado de hisopo y naveta de sal. Los dos parroquiales condujeron a los visitantes al baptisterio, allí mismo bajo la torre.

Grabado del antiguo baptisterio de la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, antes de su traslado a la capilla del Oidor.

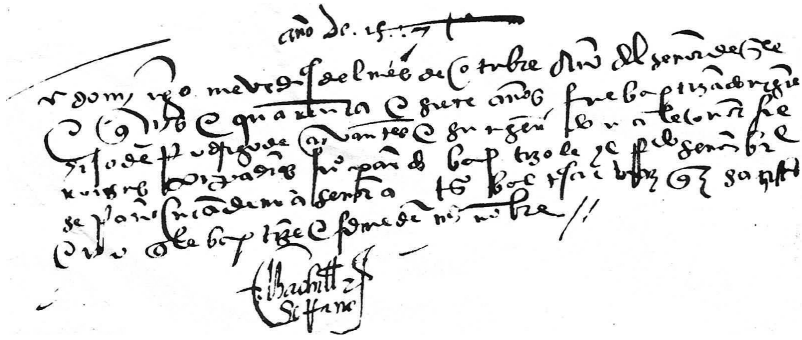
El propio bachiller Serrano levantó después acta de la ceremonia. Este clérigo escribiente también se hará famoso, y su personal grafía, llena de sincretismos escriturales arrancará sudores a los

cervantistas que han de venir. He aquí la trascripción registrada por Astrana Marín:

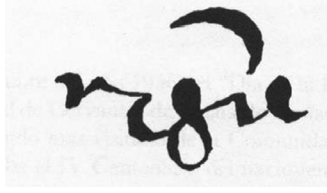
> «domingo nueve días del mes de otubre Año del señor de mill/e qnis. e quarenta e siete años fue baptizado miguel/hijo de Rodrigo de çervantes e su muger doña leonor fue *I* ron sus conpadres Ju. pardo baptizole El R.do señor br. e/seRano Cura de nra. señora ts. Bal tasar vazqz sacrista *l* e yo q. le baptize e firme de mj nobre *11* El bachillr. SeRano» (Firmado y rubricado).

El *Libro I de Bautismos de Santa María la Mayor* de Alcalá de Henares, el único del archivo parroquial salvado de la quema del templo en agosto de 1936, es un tesoro patrimonial, en el que, además de la partida de Miguel (9-10-1547) incluye la de sus hermanos Andrés (8-12-1542), Andrea (24-11-1545), Luisa (21-8-1546) y Rodrigo (26-6-1550), además de la partida de su primo carnal Juan de Cervantes (1-5-1542). Todas estas partidas bautismales se ofrecen en el *Apéndice* (DC. III, IV, V, VI, VII y VIII). Magdalena y Juan, los hermanos menores, no nacieron en la misma casa ni pertenecieron a la misma parroquia, aunque podrían estar registrados en los libros bautismales de la parroquia de San Pedro, tristemente calcinados el 21 de julio de 1936. Siempre se creyó que los dos hermanos pequeños nacieron fuera de Alcalá, por lo que no fueron buscados allí con empeño.

Esta es la partida bautismal de Miguel de Cervantes, limpia y completa, inscrita en el folio 192v del citado *Libro I de Bautismos*:

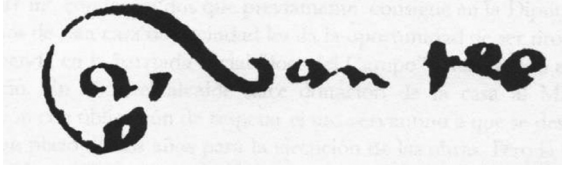


Esta partida, manuscrito autógrafo del firmante el bachiller Serrano, cura de Santa María, ofrece hábitos escriturales personales de difícil lectura, dentro de la anarquía escritural de la época, donde abundan los sincretismos gráficos por economía de esfuerzo, de tinta y papel. Por esta razón podemos analizar indistintamente las dos principales palabras de esta partida bautismal:



miguel

Sincretismo en la última grama o estría de la m + i con vírgula volada o tilda. En el último gesto escritural del grafismo hay un sincretismo de triple valor: última grama de «u» con lazada ciega, que al tiempo es «e» y es «l».



çervantes

La supuesta «C» mayúscula no es tal. Está ejecutada con posterioridad y es retrogiro o arabesco que se antepone al grafismo entero sin valor escritural.

La supuesta «a» que le sigue es sincretismo de c + e + rasgo de cedilla adosado = ça.

2.

SEIS MUJERES PARA MIGUEL

Tres mujeres para Rodrigo y seis mujeres para Miguel. Porque a la casa que llega Miguel la envuelven, además de su madre y de su abuela paterna, —ambas Leonor de nombre—, y de su tía María, su prima Martina y sus dos hermanas mayores, Andrea y Luisa. Y especialmente para las tres últimas el niño era su prenda y su juguete. Cuando los aprietos y las necesidades se ciernen sobre la casa familiar, como era el caso, entonces ¿los afectos que van a los niños languidecen o se intensifican? La personalidad de Leonor no la hace quebradiza de afectos en ningún momento, la voluntariosa abuela creo que tampoco, y las hermanas resultan incondicionales en cualquier momento. Todo hace pensar que la niñez de Miguel hubo de estar transida de una sentimentalidad femenina que marcaría su personalidad.

La complicidad hallada entre Andrea y Miguel, la que Andrea habrá de expresar en las situaciones más comprometidas de la vida del hermano, vendrá a cimentarse en esta dura infancia conjunta. En aquel cuadrado patio alcalaíno, húmedo en invierno y tórrido en el verano, con sus agradables intermedios de primavera y otoño, se desgranaron los primeros compases de la vida de Cervantes. En aquel patio porticado alcalaíno, nudo que comunicaba con las distintas dependencias de la casa, allí, entre risas y achuchones de las niñas y mujeres, cicatrizó la doliente infancia. A gatas fue aprendiendo la dureza del empedrado castellano y las conquistadas lisuras de la pie-